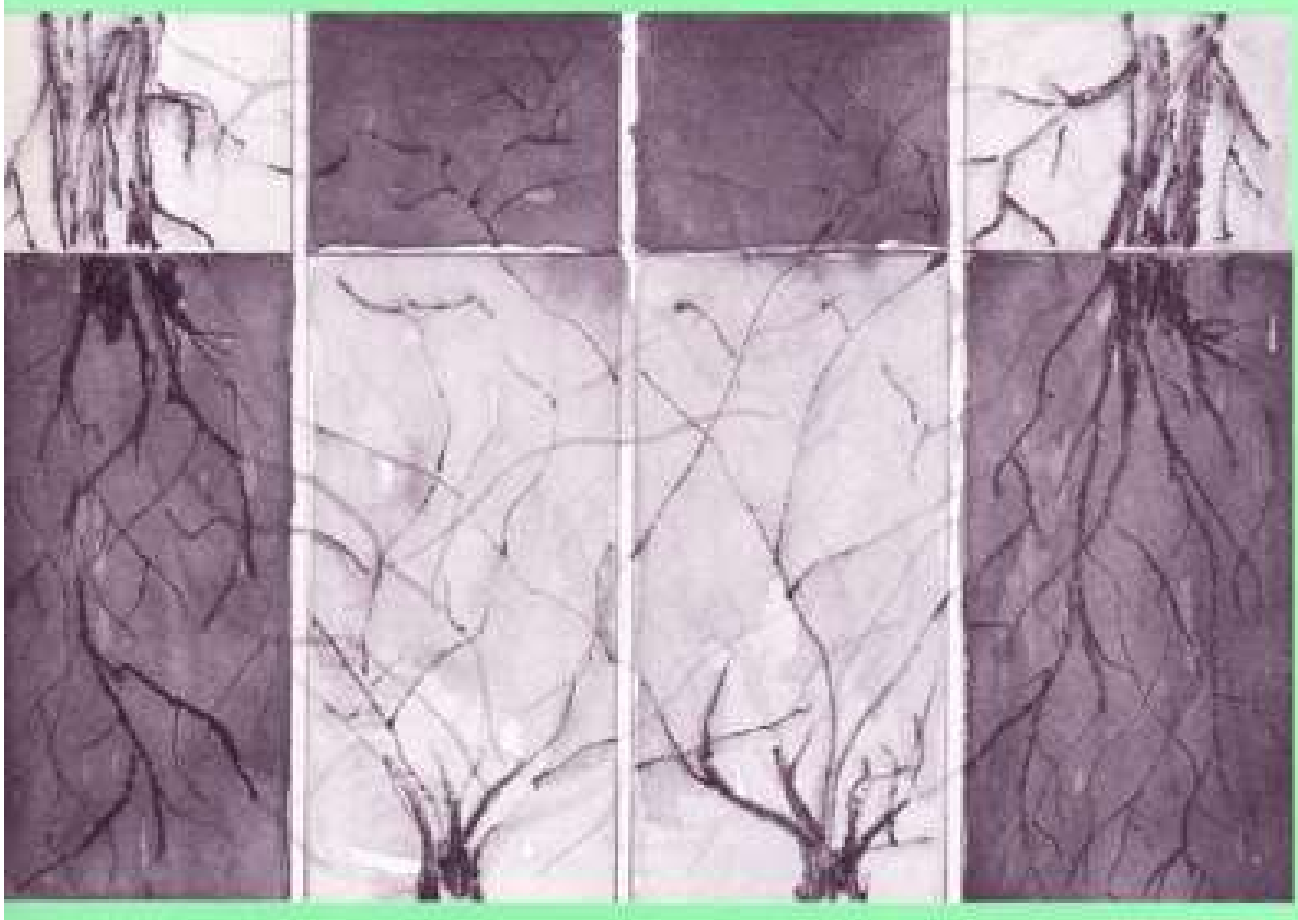
AÑO 1 / NÚMERO 2 / JULIO-DICIEMBRE DE 2001 / ISSN EN TRÁMITE

Revista de Literaturas Populares



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Revista de Literaturas Populares

AÑO 1 NÚMERO 2 JULIO-DICIEMBRE DE 2001

dirección

margit frenk

comité de redacción

magdalena altamirano / martha bremauntz / araceli campos moreno / elizabeth corral peña / enrique flores / raúl eduardo gonzález / mariana masera / edith negrín

comité editorial

néstor garcía canclini (universidad autónoma metropolitana, méxico) / maría cruz garcía de enterría (universidad de alcalá) / antonio garcía de león (universidad nacional autónoma de méxico) / aurelio gonzález (el colegio de méxico) / pablo gonzález casanova (universidad nacional autónoma de méxico) / martin lienhard (universidad de zúrich) / carlos monsiváis (méxico) / beatriz mariscal (el colegio de méxico) / josé manuel pedrosa (universidad de alcalá) / herón pérez martínez (colegio de michoacán) / ricardo pérez montfort (ciesas, méxico) / augustin redondo (sorbonne nouvelle, parís III) / william rowe (king's college, londres)

cuidado de la edición comité de redacción
diseño de maqueta mauricio lópez valdés
tipografía elizabeth díaz salaberría
imagen de la cubierta víctor guadalajara, *raíces*, s. a.
(fotografía: león rafael)

publicación semestral
issn en trámite
impreso y hecho en méxico

CANJES, SUSCRIPCIONES, CORRESPONDENCIA:
REVISTA DE LITERATURAS POPULARES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM
CIUDAD UNIVERSITARIA, 04510, MÉXICO, D. F.
E-MAIL: litpop@correo.unam.mx
FAX: (52) 56-45-34-12

Contenido

TEXTOS Y DOCUMENTOS

Textos poéticos populares y popularizantes en la Nueva España del siglo XVII
(MARIANA MASERA) 5-18

Cuatro cuentos perdidos de Ortiz de Montellano
(LOURDES FRANCO) 19-40

Ocho valonas nuevas de Apatzingán, Michoacán
(RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ) 41-56

ESTUDIOS

YESICA HIGAREDA RANGEL Y LOUIS CARDAILLAC,
Una leyenda nahua de Santo Santiago 59-67

ELISA SPECKMAN GUERRA, *De amor y desamor: ideas, imágenes, recetas y códigos en los impresos de Antonio Vanegas Arroyo* 68-101

ENRIQUE FLORES, *Folclor y* decepción. *Bernardo Ortiz de Montellano y la literatura popular* 102-134

RAÚL EDUARDO GONZÁLEZ, *"Otro ratito nomás": la creación de valonas en los concursos de música y danza tradicionales en Apatzingán, Michoacán* 135-146

RESEÑAS

José Manuel Pedrosa, *Entre la magia y la religión: oraciones, conjuros y ensalmos*
(ARACELI CAMPOS MORENO) 149-154

Carlos Montemayor, *Arte y trama en el cuento indígena*
(EDITH NEGRÍN) 154-162

Carlos Lenkersdorf, *Indios somos con orgullo. Poesía maya-tojolabal*
(MARÍA ROSA PALAZÓN) 162-170

Antonio Gómez Hernández, María Rosa Palazón y Mario Humberto Ruz, eds. *Palabras de nuestro corazón. Mitos, fábulas y cuentos maravillosos de la narrativa tojolabal*
(JOSÉ ALEJOS) 171-174

Maximiano Trapero, *El libro de la décima. La poesía improvisada en el mundo hispánico*
(CLAUDIA AVILÉS) 174-177

Alexis Díaz-Pimienta, *Teoría de la improvisación*
(FERNANDO NAVA) 177-186

Margit Frenk, *Entre la voz y el silencio*
(HERÓN PÉREZ MARTÍNEZ) 186-197

Cuatro cuentos perdidos de Ortiz de Montellano

Para Bernardo Ortiz de Montellano lo indígena significa mucho más que una temática; le apasiona bucear en los mitos sobre los que se finca su cultura y reproduce una y otra vez los símbolos que representan la muerte y el inframundo, el origen del hombre y sus misterios, la lucha del ser con lo divino, en una búsqueda-encuentro de su identidad. "Veo —le decía Jorge Cuesta— necesariamente la naturaleza mexicana de su poesía en la personalidad que consigue, en el aislamiento que se construye o, por decirlo así, en su 'desarraigo' ".[1] La idea del "desarraigo" expresada por Cuesta se finca precisamente en esa condición de solitud inherente a la naturaleza mexicana.

Esta pasión por lo indígena lleva a Ortiz de Montellano a escribir una obra de teatro de marionetas basada en una leyenda maya-quiché, "El Sombrerón"; su poema "Primero sueño" recoge también, en girones no menos identificables, la proyección ontológica indígena; finalmente, su trabajo como ensayista y filólogo produce un estudio de la poesía indígena, interpretándola "por su significado espiritual más que por su contenido histórico" (Ortiz de Montellano, 1935).

Hasta ahora los textos difundidos de Ortiz de Montellano en el género de narrativa habían sido sólo dos volúmenes: un par de cuentos publicados por la colección "Lunes" de los hermanos González Casanova (*El caso de mi amigo Alfazeta*) y un libro de relatos (*Cinco horas sin corazón*), que, con el carácter de "Entresueños", publicó la editorial Letras de México, filial de la revista del mismo nombre editada por Octavio G. Barreda (Ortiz de Montellano, 1940 y 1946).

---

[1] Respuesta de Jorge Cuesta a una carta circular de Bernardo Ortiz de Montellano a propósito del libro *Sueños,* en Ortiz de Montellano, 1988: 107-110.

Los textos que se publican reunidos por primera vez aquí han podido recogerse gracias a la consulta del archivo "Bernardo Ortiz de Montellano" que custodia la Universidad de Princeton en New Jersey. Como se indica al final de cada texto, la mayoría se había publicado en periódicos y revistas y, hasta donde tal cosa puede afirmarse, parecen ser ya los únicos faltantes en la producción narrativa del escritor.

Es indispensable hacer hincapié en la diferencia radical que existe entre estos textos y los que se conjuntaron en volumen en vida del autor. Los cuentos que damos a conocer poseen un indiscutible sello folclórico del cual carecen los relatos ya difundidos, cuya principal característica era la correlación entre los mundos del sueño y la vigilia, en un ejercicio personalizado donde el narrador en primera persona era claramente identificable con el autor. Por el contrario, el corpus que presentamos se inscribe en el mundo de la literatura de lo maravilloso, cuya estructura definió puntualmente Vladimir Propp. En especial, en el cuento titulado "El País de Irás y No Volverás" son muy claras las estructuras y funciones de los distintos actantes, de acuerdo con el esquema propuesto por el estructuralista ruso.

Es el propio Ortiz de Montellano quien, en un texto suelto existente en el archivo de Princeton, explica cuáles son los propósitos que lo llevan a escribir este tipo de cuentos:

> La poesía más pura es la de los pueblos nacientes. *La Ilíada* es infantil. Esos cuentos son absurdos, si no fueran absurdos, no serían encantadores. Es probable que los cuentos de hadas, y principalmente los de Perrault, procedan de las más antiguas tradiciones de la humanidad. Los hermanos Grimm han recogido, como sabéis, los cuentos populares de Alemania. Siguieron su ejemplo en casi todos los países, y poseemos hoy día colecciones de cuentos escandinavos, daneses, flamencos, rusos, ingleses, italianos, zulús. Leyendo dichos cuentos de orígenes divinos, se advierte con sorpresa que proceden todos, o casi todos, de un pequeño número de tipos; tal cuento escandinavo parece estar calcado en tal cuento francés, que a su vez reproduce los principales rasgos de un cuento italiano; y no es admisible que estos parecidos sean el efecto de cambios sucesivos entre los diferentes pueblos, por lo que se ha supuesto que pertenecen a los orígenes de la humanidad en común. Los *Cuentos de mi madre la oca*: de la imagen viva y animada surgió el mito y del mito nació el cuento. *Hada* en italiano, *fala* en

francés, *fada* proviene del latín *fatum,* que significa destino. Las hadas son nuestro destino.

Es claro que Ortiz de Montellano, con estas reflexiones, pretende conformar, gracias a su creencia en ese poder infinito de combinación, un corpus de mitos mexicanos que se inscriban en el concepto de "mito único" de Levi-Strauss. Donde menciona la palabra "absurdo" habría que leer "maravilloso", de acuerdo con la definición de Propp.

Entendemos esta cercanía al folclor mexicano por parte de Ortiz de Montellano dentro de los parámetros que Paulo de Carvalho-Neto establece cuando define aquello que se entiende por "proyección estética": "es la simulación demófila (excursión romántica al pasado) del folklore que como tal se caracteriza por un cambio de portadores, un cambio de motivación, un cambio de función, un cambio de formas y un cambio de aprendizaje" (1965: 125), viaje que implica aprovechamiento de tópicos y formas del folclor original; se trata, tal como dice Carvalho, de un "folklore inventado" (1965: 27).

De los cuatro cuentos presentados, tres son "folclor inventado" y uno es el discurso reescrito de uno de los mitos más difundidos de la cultura tolteca, el mito de Quetzalcóatl, en el que se reproduce, una vez más, el asunto tantas veces tratado en otras mitologías de la decadencia del mundo celestial por contaminación con las pasiones terrenas.

En "El Príncipe de Olinalá" destaca la exuberancia de la zona michoacana, rica en variedad de plantas y pájaros multicolores, representados en las típicas artesanías de las jícaras de madera pintadas a mano, en el contexto de una historia de amor sublimado por el sacrificio.

"La niña de los ojos de jade" encierra en su simbología el sacrificio y la violencia implícitos en el proceso de mestizaje posterior a la Conquista. La niña encarna la virginal pureza de la raza autóctona que enceguece merced a la rudeza con la que sus ojos oscuros —vehículos idóneos para la percepción de su mundo— le son sustituidos por las hermosas, pero frías y muertas, piedras verdes que se transmiten, ya convertidas en factor genético, a todos sus descendientes.

"El País de Irás y No Volverás" se inscribe en el ámbito de las tierras del sur de la República Mexicana y Guatemala; la selva, los loros, los quetzales cobran vida al lado de una heroína que, para alcanzar sus pro-

pósitos, no duda en robar y mutilar, ayudada y protegida por las fuerzas mágicas del reino de lo maravilloso.

LOURDES FRANCO BAGNOULS
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

El Príncipe de Olinalá[2]

Desde la torrecilla labrada en mármoles del palacio real, avizorábase el horizonte hacia los cuatro puntos cardinales y en pleno día ceniciento y gris, cerrado bruscamente por montañas altas, negras y pedregosas.

En el valle, de tierra estéril como si la hubieran maldecido los relámpagos ocres del cielo por las noches tempestuoso, tendíase la población en rebaño acurrucado de casuchas miserables, rodeando el palacio de mármoles oscuros que, como águila astuta, vigilaba. La rúbrica de un río fangoso descendía de las montañas atravesando el plan.

Cierto que de las faldas desganadas de los montes recogían los habitantes del país piedras suntuosas desde el jade milenario, verdecido y veteado hasta el ópalo y la venturina celestiales; cierto también que las aguas fangosas del río arrastraban el oro —polvo de los milagros— que aguza la codicia del gambusino y roba el corazón de los mortales, pero la tierra negra, la tierra estéril como si estuviera hechizada no ofrecía ni la copa de un árbol ni el pequeño refugio de una flor.

De inmundas raíces y delgados peces alimentábase el pueblo menesteroso que no conocía la dulzura del mamey ni el perfume de la naranja. Los chiquillos de rostros melancólicos, no jugaban con los pájaros, amigos de los hombres alegres, pues nunca esmaltó el cielo de aquel país plumaje alguno.

Morador del palacio y dueño de aquellas tierras era el Príncipe de Olinalá a quien ni los vecinos más viejos conocían, como no conocieron a su padre, pues negra como su soledad fue siempre la seda de sus trajes y eran negros sus ojos como cuentas de azabache.

---

[2] Transcrito del original mecanuscrito del archivo BOM de Princeton University, conservando su puntuación.

***

En la cámara del Príncipe están reunidos los tres hechiceros más famosos del reino. Sus figuras astrosas y sus rostros magros, como de murciélagos, se parecen en las sombras alargadas sobre el pórfido del muro. El señor, yacente sobre la plancha de oro de su lecho, padece mal extraño, huye por momentos su juventud llevándose el color de sus cabellos; a cada instante un nuevo signo de vejez lo agobia.

Dictan los hechiceros unánime consejo. Cuando amanezca debe salir del reino hacia tierras alegres donde la luz exista.

En el silencio de la sala se oye, solamente, un latir de corazones como pasos que preparan la fuga.

Afuera, en las montañas, coruscan los berilos fantásticos como lumbres de luciérnagas.

***

Cuando después de viajar por tierras legendarias y países saludables, volvió el Príncipe de Olinalá, abandonó definitivamente el color negro para sus ropas conservando, en tenue carmín sobre sus mejillas, la salud recobrada en otros climas.

"Una tarde, al final del convite que después de su llegada le ofrecieron los servidores de palacio para agasajarlo, contó parte de sus aventuras, maravillosas a los ojos ignorantes de los leales vasallos.

"Conocí las flores amarillas del cempasúchil; las rojas del clavel; las de la rosa vigiladas por irónicos y punzantes mosqueteros; las del tulipán y el alhelí.

"Tuve en mis manos alas de mariposa, mucho más bellas que los ópalos de mis dominios porque eran frágiles y cálidas como cielos amaneciendo.

"Oí cantar a los pájaros raros que en la garganta llevan, no el oro pesado que arrastra nuestro río, sino el oro impalpable que transmite el viento.

"Al atravesar un poblado, cierta vez, por encima de las tapias de una huerta —sabed que así se llama el Reino de los Frutos— oí un cantar que parecía perfume por lo tenue y sabroso, cantar irresistible que me obligó a investigar su procedencia.

"Provenía de los labios de una doncella pequeñita, vivaz, de rostro hermoso, llamada Tzenzontle.

"En la casa de Tzenzontle brotaban las flores por sí solas y su servidumbre componíase de numerosos pájaros conversadores.

"No sé si por su dulce voz o por las dos matas de cabello que resbalaban por su espalda como dos alas negras, perdió mi corazón la voluntad y enamorado la eligió para esposa".

Cuando terminó de hablar abrió la puerta del aposento próximo haciendo salir a Tzenzontle para presentarla. La voz de la princesa sonó, límpida y dulce, contra el mármol de los muros como sobre los corazones asombrados de los súbditos.

Y las montañas recogieron el eco, conmovidos hasta la última veta.

***

Fue esa la última vez en que la princesa habló. Como si hubiese muerto el pájaro de su garganta al extrañar las flores de su huerta y el rubio sol natal, no volvieron a escucharse en los negros pasillos del oscuro palacio de la tierra estéril, las canciones que el Príncipe tanto ponderaba.

Vanos resultaron los intentos de los sabios y adivinos para entonar los metales de su garganta.

Los ópalos incendiados que alrededor de su cuello colocaron, palidecieron agoreros.

Los bezotes de malaquita que acercaban a su aliento, no realizaron el milagro.

Necesitaba el almizcle de las rosas de otoño y los jacintos de la primavera, que ya no sólo la voz se había perdido; la vida, lentamente, abandonaba las raíces de sus venas.

Porque las semillas de flor y los huevos de pájaro que un emisario trajo de muy lejos, no germinaban en aquella tierra dura y apenas calentada por amarillo sol.

En busca del único remedio para reconfortar el carmen de la vida de su esposa, salió el Príncipe de Olinalá.

Volvió a los países conocidos en su primera excursión y al consultar a los jardineros de más fama cómo podría transportar las mejores flores y las más lindas aves a sus dominios negros, para que en ellos crecieran y se multiplicaran,

"Llevándolos dentro de una calabaza", le respondieron.

Mas luego hízoles ver que en otra ocasión y en sus mismas tierras no habían germinado ni las semillas de las flores ni los huevos de los pájaros.

"Entonces morirán en cuanto llegues —exclamaron— contra el sol y la tierra no sabemos luchar. Prueba con el hechicero".

Y visto el hechicero dijo que podrían vivir —flores y pájaros— si el príncipe lograba alimentarlos con su propia sangre.

Dispuesto a dar su vida para disputar a la muerte el cuerpo de la esposa amada, no vaciló y en una calabaza vacía, la más grande que pudo encontrar, recibió una flor y un pájaro de cada especie.

(Pequeña Arca de Noé. Juguetería del aire. Reunidos en los márgenes de un fruto, el fuego fatuo de la oropéndola, la alegría mañanera del pájaro madrugador, el cabello de oro del canto del ruiseñor y el del tenaz "carpintero"; el ojo de agua de las amapolas y el aliento de luna de los lirios ¿no llevarían el secreto de la vida para Tzenzontle, pájaro también?)

***

En la terraza más alta del castillo fue instalada la jícara de todas las flores y todos los pájaros que el Príncipe llevó consigo. En el fondo negro del paisaje destacábase singular el colorido del Arca —una calabaza— protectora de la vida de su dueña. El pueblo, que no había visto nunca cosa igual, aglomerábase al pie de la terraza extasiado con los cinco sentidos del color, del aroma y de la música, todo el ritmo que después, en sus manos, sería arte insuperable.

Los chiquillos cantaban, tratando de imitar a las aves, y sobre el pobre barro de las callejas ensayaban volteretas desmadejando la alegría.

Sonreían las mujeres como ruborizadas y encendidas por primaveral deseo como si en el aire respiraran el olor a frutas de un nuevo amor.

Los ancianos, poseídos del misterio del color, y del ritmo de las líneas, ensayaban atrevidas formas en la manufactura de vasijas, oprimiendo el barro, para incrustarle flores de ópalos y esmaltes imprevistos.

Porque hasta entonces se conocieron los crepúsculos. El cielo copió las tintas de las alas complaciéndose en ordenarlas caprichosamente.

Y fue el día distinto a la noche pues no brillaban lo mismo las alas de la oropéndola y el trino del ruiseñor cuando el sol —provecto enano—

penetraba a la gruta de las montañas que cuando la luna, blanca de nieves, dormíase sobre el silencio de la población.

Noble alegría embargaba el ánima del Príncipe que satisfecho y olvidado de su sacrificio, veía iluminados nuevamente los ojos de Tzenzontle y empeñado su pueblo en comprender que vale más una pluma de pájaro, pintada por el viento, que las piedras preciosas y el oro de los ríos.

***

Nunca supo Tzenzontle, restablecida con aspirar las mieles y los cantos, cómo para que vivieran sus amigos cumplió el Príncipe la condición del hechicero.

Lo que no podía explicarse era el origen de la palidez, acentuada día por día, que miraba en el rostro de su amado Príncipe. Ni tampoco por qué los bordes de la calabaza donde conservábanse flores y pájaros, amanecían ensangrentados. Hasta que oyó un cantar:

Con sangre de Olinalá
pinta el pájaro sus alas,
miradlo, de madrugada,
por el oriente, volar.

***

La vida del Príncipe, a pesar de los cuidados a que se viera sometida, no podía durar mucho.

Se fue apagando la estrella de su corazón exangüe, protegida por las nubes grises del dolor de sus vasallos.

Por fin, en un amanecer, se ocultó para siempre.

A las exequias concurrió el pueblo, su pueblo, transformado y robustecido por el influjo de la primavera que el amor del Príncipe hizo trasponer las montañas y ablandar la tierra.

Tzenzontle, como señal de duelo, contra su corazón quebró la caña armoniosa de sus cantos.

***

Y dicen que, como si fueran de su misma esencia las flores y los pájaros que mantuvo el príncipe con su propia sangre, dentro de la calabaza,

con él murieron. Y que por mucho tiempo los descendientes de aquellos pájaros y de aquellas flores, que la sangre real aclimató en sus dominios negros, hicieron primavera. Y que la calabaza, armoniosa y firmemente decorada con las alas y los pétalos de los que fueron sus moradores, fue tenida por símbolo hasta que el pueblo la reanimó, para la tradición y para el arte, en la jícara de todas las flores y de todos los pájaros: LA JÍCARA DE OLINALÁ.

La leyenda de Quetzalcóatl[3]

Blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos negros y poblada barba era Quetzalcóatl el sumo sacerdote de Tula. Padre de los vientos, adorado por los pueblos toltecas en la antigüedad de México.[4]

Nadie supo nunca de dónde había venido. Tal vez de otro país atravesando el mar en la estrecha carabela del milagro; pero como el sabio y prudente Quetzalcóatl enseñó al pueblo las artes más difíciles, "como fundir y trabajar la plata, labrar las piedras verdes que se llaman chalchihuites y otras hechas de conchas coloradas y blancas y el arte de trabajar las plumas de los pájaros", fue elegido por los toltecas para que los gobernase, tributándole, desde entonces, honores de rey.

Dictó para su pueblo leyes sapientes y austeras como su vida misma, leyes que "hacía publicar a su pregonero desde el Monte de los Clamores, para que se oyeran hasta trescientas millas lejos".

Por honestidad, Quetzalcóatl llevó siempre largo el vestido. Habitaba en palacios de plata empedrados de turquesas, durante el verano, y

---

[3] Publicado en *Revista de Revistas,* 23 de mayo, 1926, p. 16. Ilustraciones de Saturnino Herrán.

[4] Rubén M. Campos proporciona la genealogía y carácter de Quetzalcóatl: "llamado también Topiltzin, fue hijo del rey tolteca Totepeúh. Desde niño distinguiose por su piedad filial y por su bravura, pues recogió los huesos de su padre muerto a manos de su cuñado Atepanécatl, para apoderarse del trono, y les rendía culto en el templo de Quilaztli, a donde fue Atepanécatl a buscarlo para darle muerte también; pero el niño lo empujó de lo alto de la pirámide y lo hizo rodar por las gradas donde quedó muerto" (1929: 27-29).

en invierno usaba otros de plumas como enormes nidos, que sus vasallos de ligero andar traían desde muy lejos.

Poco era lo que los toltecas hacían para agradar a su rey, pues en ese tiempo el pueblo recibió los beneficios de los dioses y cuentan que la tierra producía mazorcas de maíz del tamaño de un hombre, cañas altas y verdes como arbustos, algodón de colores que no era menester teñir y aves desconocidas de pluma y canto que decoraban el cielo de la dichosa Tula.

Mas vino el tiempo malo y la fortuna de Quetzalcóatl y de los toltecas acabó para siempre. Los dioses, disfrazados de viejos hechiceros, vinieron a la tierra con el propósito de destronar al Sumo Sacerdote arrojándolo de sus dominios.

Para lograrlo uno de los hechiceros llamado Vitzilopuchtli presentose en el palacio pidiendo hablar con Quetzalcóatl; los pajes, temerosos de molestar a su amo, trataron de convencer a Vitzilopuchtli que debía marcharse, mas tanto insistió éste que obtuvo al fin lo que deseaba.

Quetzalcóatl, sentado en un trono resplandeciente de piedras preciosas, recibió al forastero, diciéndole:

—Hijo, ¿cómo estás y qué deseas?

—Deseo —respondió Vitzilopuchtli— ofreceros la esencia que cura todos los males devolviendo la juventud.

—Enhorabuena —repuso alegremente el rey— hace días que te aguardo, pues me siento enfermo y dolorido.

—Entonces bebed de ese elíxir, que el corazón de quien lo bebe lo ablanda hasta sentirse feliz. —Dijo el hechicero presentando a Quetzalcóatl una fina vasija de barro esmaltado.

Bebió el rey el líquido que le ofrecían y a los pocos instantes notó que, efectivamente, ya no sentía dolor alguno, por lo que bebió más, sin saber que el hechicero pretendía embriagarlo con el "vino blanco de la tierra, hecho de magueyes y llamado *heumetl*", para conducirlo más tarde y fácilmente fuera de la ciudad.

Entretanto, otro de los hechiceros, para evitar que su pueblo defendiese a Quetzalcóatl, quedó en la plaza repartiendo a los toltecas del mismo vino hasta embriagarlos. Cuando lo consiguió, sentose en medio del mercado haciendo bailar a un muchacho sobre la palma de su mano para llamar la atención.

Pronto viose rodeado por una muchedumbre de curiosos que atizaban los movimientos del muchacho sobre la palma de la mano del hechicero. Todos se preguntaban ¿Qué embuste es éste? ¿Cómo puede bailar un muchacho sobre la palma de la mano? Debe ser hechicero, démosle muerte a pedradas por practicar malas artes.

Así lo hicieron y después de muerto comenzó a heder el cadáver del brujo de tal modo que los vecinos decidieron llevarlo fuera de la ciudad. Quisieron levantar el cuerpo muerto sin lograrlo, porque pesaba como un fardo de los más grandes, y entonces le ataron alrededor del cuello una soga de pita resistente para llevarlo a rastras, entre todos, al campo fuera de la ciudad. Mas tanto pesaba el cadáver que la soga reventose, cuando tiraron de ella muchos toltecas, lanzándolos a una distancia y muriendo algunos del golpe. Otros toltecas substituyeron a los primeros, reforzando las cuerdas, y nuevamente cayeron en tierra hasta que, muertos muchos comprendió Vitzilopuchtli que sin dificultad podría salir de Tula conduciendo a Quetzalcóatl embriagado como estaba, hasta la linde extrema de la población, camino del destierro.

Quetzalcóatl, seguido por sus más fieles, tomó el camino que conduce al mar.

Cuando llegó a un sitio que llaman Cuautitlán, debajo del árbol más alto y más grueso, sentose a descansar. El alba pintaba el cielo como una gran ala de pájaro. Se le notaba triste. Pidió a uno de sus vasallos un espejo, miró su rostro y dijo: "Soy un anciano. ¡Oh Quetzalcóatl! justo es que me suceda lo que me sucede". Después, como último gesto de dominio y sabiduría, tomó piedras del camino y apedreó un árbol. Todas las piedras que tiró Quetzalcóatl se incrustaron en el árbol y ahí quedaron, para siempre, como símbolo de su fuerza divina.

Al son de flautas que para alegrarlo tañían sus servidores, continuó el rey su camino hacia el mar.

Cuando llegó a un sitio que llaman Tlalnepantla, viendo por última vez y a lo lejos las sombras de su ciudad antigua y próspera, lloró tristemente, hasta necesitar apoyarse en una roca para no caer. Sentose sobre la piedra grande y siguió llorando hasta la hora en que el último pájaro se convirtió en estrella; las manos de Quetzalcóatl quedaron para siempre señaladas en la roca, y sus lágrimas horadaron la piedra como símbolo de su dolor de rey.

Cuando llegó a un sitio que se llama Coahpa, los hipócritas hechiceros vinieron a su encuentro aparentando disuadirlo del viaje que emprendía.

—Quetzalcóatl, ¿adónde vas? ¿Por qué abandonas tu pueblo —preguntáronle. A lo que respondió majestuosamente el rey:

—Ahora nadie podrá impedirlo, ni vosotros que lo causasteis, voy a Tlapallan donde se pone el sol.

—¡Oh, qué desgracia! Marcha si no tiene remedio, pero déjanos siquiera la sabiduría de las artes para fundir la plata, para labrar las piedras preciosas, para hacer plumajes y decorar vasijas.

Entonces Quetzalcóatl, quitándose las muchas y preciosas joyas labradas que llevaba, arrojolas en una fuente, como lo hace el día con las estrellas de la noche, y dijo:

—Allí quedan mi riqueza y mi sabiduría.

Durante largos días de viaje fue difícil y hosco. Las sierras del volcán y la Sierra Nevada con sus altos picos blancos cerraban el paso hacia el mar y los pajes que acompañaban al anciano, todos enanos y corcovados, fueron muriendo de frío y de cansancio.

Quetzalcóatl siguió solo hasta las riberas del horizonte en donde comienza la línea del mar. Miró construir una balsa, formada de culebras, y en ella entró "y asentose como en una canoa", que se fue por el mar navegando.

Y así como se ignora de dónde vino, no se sabe para dónde se fue, desde que se perdió a los ojos de los hombres en las riberas del mar.[5]

La niña de los ojos de jade[6]

La tragedia Descarnada pasa con frecuencia por los relatos en que revive la barbarie indígena.

---

[5] La leyenda de Quetzalcóatl, con variantes respecto a la que plasma Ortiz de Montellano, se halla en el *Códice de Cuauhtitlán*, edición Velázquez en versión castellana, 1945 (Garibay, 1964).

[6] *Excélsior,* domingo 19 de abril de 1925, cuarta sección, p. 3.

Al viento del crepúsculo ondulan los maizales lánguidos en el valle que distiende delantal floreado del otro lado del volcán.

Del otro lado del volcán un pueblecillo alza dos palmos sobre tierra los soportales de anchos arcos coloniales que forman la plazoleta, ociosa entre semana; y un poco más, a lo alto, las torres de la iglesia, centro de las tres calles únicas que en la plaza convergen, mal alineados los muros de las casas de un piso, pintados de colores chillantes e invadidos por las plantas silvestres que crecen en las junturas de las piedras.

El indio estático, como los grandes lagos de su tradición, silencioso, como la entraña de una gruta, oyendo caer, inquebrantable, la gota cristalina de su pensamiento; vive en el retiro azul de aquel paisaje, enredado en la manga gris de su tristeza, encuchillado cabe los agujeros de las chozas o los portales de los caserones, entre las nopaleras, cerca de los magueyes o en las peñas del monte. La india lo acompaña, depositaria del secreto de la raza, cubierta la dura pulpa de las carnes con la manta sencilla, portadora del cántaro seco de grecas bicolores donde el riachuelo vierte su frescura.

Porque —nahuas de hoy— indígenas adormecidos, como los volcanes seculares, guardan el fuego de la tradición, bajo el sudario blanco del silencio o la nieve.

***

Cuando la conocí, catorce años apenas modulaban las líneas virginales de la niña de los ojos de jade, la hija del cacique del poblado, indígena sin mezcla, a quien obedecían por su audacia todos los mozos del contorno. La niña, morena por su raza devota del sol, de rostro delineado y hondos cabellos negros, de pie pequeño y libre, dentadura apretada, simétrica, como los granos del maíz en la mazorca, asombraba al viajero y enamoraba a los lugareños con el prodigio de sus ojos, ojos verdes, amplios, sensitivos, ojos de jade, decían, heredados de algún ancestro prócer o de alguna mujer seducida por el amor de un extranjero.

Interrogué, y un anciano del pueblo, apergaminado, color de barro oscuro, con cien años de vida que no lograban apagar sus ojos —negrillos y vivaces—, me confió alguna vez esta leyenda:

Era el tiempo de las lunas sangrientas y de los sacrificios gratos a los dioses; la época de los grandes imperios indígenas regidos por normas

de moralidad y buenas costumbres; dueños de los tributos de cien pueblos. Abundaban entonces las codornices y los gavilanes para los sacrificios a Huitzilopochtli; los venados y liebres y coyotes para el culto de Mixcoatl; las palomas grises para Omecatl el dios de la alegría.

Entreteníanse los hombres, trenzando los listones de la danza en el asta del ritmo o bien, hábiles para la guerra, en sostener con sus flechas, en el aire, una mazorca de maíz hasta arrancar sus granos. La mujer era honesta, el rey valiente y el sacerdote justo.

Para la guerra y la religión vivían los hombres adoradores del sol.

De este lado del volcán, padre sempiterno, extendíase la ciudad santa destinada al culto de los dioses. Numerosos *teocallis* alzaban sus escalinatas, protegidos por la culebra simbólica, presentando a los cuatro vientos y en la cúspide, en el terraplén cuadrangular, la piedra de los sacrificios y las urnas votivas donde por las noches ardía el fuego sagrado.

Quatlihuac el *teoteuctli* (Señor Divino) gran sacerdote del templo mayor, vivía consagrado al culto de sus dioses. De su sabiduría hablaba con entusiasmo el pueblo; de sus oráculos fiaban los reyes y los prisioneros temían más a su cuchillo de pedernal, rápido para obtener el corazón en los sacrificios, que las flechas audaces de los más audaces guerreros.

Terrible era la figura del *teoteuctli*. Sus cabellos, dejados crecer largamente, casi le arrastraban, lacios y negros; el cuerpo, mal cubierto con la túnica y la capa de algodón, pendiente del pecho la borla con flecos, insignia de su cargo, veíase tiznado con hollín de *ocotl* y tintas ocres de almagre.

Tenía una hija bella como la flor de su nombre: Yoloxochitl. Consagrada por su padre al servicio del templo desde su más tierna edad, cuando colocaron sobre sus manos el braserito de barro con incienso símbolo de sus votos, creció en silencio, casta y recogida, bella como la aurora, ardiente y consumida como la savia del copal en los braseros, cuidando del fuego de los dioses y de las virtudes de su corazón, hilando y tejiendo telas hermosas para el adorno de los santuarios, recogiendo de los jardines del templo las ramas olorosas para incensar la imagen del dios, o los animales que en su culto sacrificaban.

Guardaba Quatlihuac los tesoros del templo en un recinto oculto adonde solamente él podía penetrar. Entre todas las piedras iluminadas que se utilizaban como adornos para los ídolos sagrados, había dos

pequeñas, de jade, circulares y maravillosas que, caídas del cielo, eran adoradas como reliquias de Huitzilopochtli, pues húmedas como la sangre de los sacrificios, muchas veces hicieron conocer al *teoteuctli* la voluntad o la cólera del dios.

***

Un viento de epopeya penetró por la costa. Sonando, por el lado del mar, aproximábanse el clarín y el tambor guerreros. De un lejano país, decían los mensajeros resistentes encargados de traer el pescado, fresco aún, al valle protegido por los volcanes, venían, veloces, hombres blancos y barbados cubiertos de armaduras, asustando las montañas con sus voces. Dioses desconocidos eran sin duda aquellos que llegaban portadores del rayo, proclamaban los cuernos indígenas convocando a los guerreros a alistarse.

Chimallis y macanas, plumajes y flechas ondulaban por doquier, sobre el azul del cielo, listas para el combate.

Quatlihuac fue consultado por los reyes y devoto sacrificó gavilanes y águilas en honor de Huitzilopochtli, descubriendo, para desgracia del pueblo, en las pequeñas piedras de jade del recinto secreto —venidas del cielo, verdes y fulgurantes por costumbre— una opacidad desconocida y triste como las lágrimas divinas.

Redobláronse los cantos sagrados, las oraciones y los votivos incendios de copal. Ardió el fuego en los ángulos del *teocalli*, día y noche, vigilado por las sacerdotisas, morenas y mustias corolas entre quienes despuntaba Yoloxochitl, la flor del corazón de un pueblo.

Los sacrificios de cautivos aumentaron; la sangre de los hombres enrojeció los labios pétreos de los ídolos y muchos corazones humeantes trataron de calmar la ira de Huitzilopochtli que arrojaba a la guerra pueblos y comarcas contra los rubios hijos del Sol, dueños del rayo, carne de dioses cubierta de armaduras metálicas, intraspasables para las agudas flechas de los mexicanos.

***

A marchas forzadas, veloz como el venado, llegó al *teocalli* de Quatlihuac, sudoroso, un mensajero. "¡Los hombres rubios de barba ensortijada vienen triunfadores. Su afán de exterminio penetra a los templos; sus có-

leras despedazan las piedras suntuarias —esmeraldas, piedras de luna, cornerinas, turquesas—, arrebatadas por sus manos codiciosas!" "Llevad la imagen de Painalton por las calles y convóquese al pueblo a la defensa", ordenó Quatlihuac.

Rápidamente organizada la columna de honderos y flecheros, los caballeros tigres, los caballeros leones, protegidos por la cerca de *chimallis* de piel, reptó por el poniente balanceando la estrofa de los plumajes y de los estandartes al ritmo de los caracoles guerreros, dispuestos a oponerse al huracán de arcabuces y espingardas de los conquistadores.

Mas todo fue inútil. Otro mensajero, con los cabellos en desorden, símbolo de la derrota, llegó poco después, hasta las escalinatas del templo.

Sacerdotes y sacerdotisas —corsas asustadas— entre los muros del *teocalli* oyeron venir de lejos en la lengua del viento el temido rumor de los cascos de las caballerías, el de los clarines y timbales que, vencedores, se acercaban.

***

Entregados a orar, guardando las dos pequeñas piedras de jade, dádiva del dios, permanecían el *teoteuctli* y su hija dentro del templo, mientras en las murallas luchaban, desesperados, los últimos flecheros indígenas.

Tres días oyéronse, bajo el "cajete azul del cielo", sonar los tamboriles y los caracoles; silbar las flechas; tronar los golpes de las mazas y las detonaciones de los arcabuces contra el viento y las picas del enemigo rompiendo el otate o abollando las planchas de oro de los escudos defensores.

Al amanecer del cuarto día, una muralla más de silencio y de muerte rodeó el teocalli. La tropa sudorosa de hombres rubios, dueña del campo, trepó las escalinatas. La cruz de dos espadas ocupó, en lo más alto del templo, el lugar de los ídolos derribados. Sacerdotes y guerreros, prisioneros, fueron llevados a presencia del Gran Capitán, mientras los más ambiciosos, seguidos por la turba aventurera, dábanse a buscar la caricia anhelada del oro y las piedras preciosas, carne de luz para sus toscos dedos.

***

Preocupábale a Quatlihuac, más que la libertad perdida por su pueblo y que su vida misma, la salvación de las piedras de jade, ojos del dios,

alma de sus creencias y de su sabiduría y la corola blanca del corazón de su hija, Yoloxochitl, perfume de los dioses, para ellos destilado, no para los sentidos de los hombres.

La decisión tomada fulguró en los ojos del sacerdote.

La estrella de la mañana, temblorosa, vio la escena.

Yoloxochitl, pálida como el maíz tierno, resignada, espera sobre la piedra roja, oliente a sangre, el sacrificio.

Quatlihuac, severo el rostro, empuñando el puñal de pedernal, con la diestra para obtener corazones del pecho, lo hundió, desesperado, en el rostro de su hija, hasta saltarle los ojos de luz suavísima, dejando vacíos y orlados por un hilo de sangre, dos pequeños huecos en el moreno pétalo. No temblaron sus manos, movidas por designios superiores, no flaqueó su amor ante la voluntad divina. En los pequeños huecos colocó, para salvarlas de la rapiña de las águilas, las dos piedras de jade que, chispeantes de luces imprevistas, semejaban ojos abiertos, misteriosos, estelares.

El Sol, inmóvil, guardó sus rayos largo tiempo detrás del horizonte.

***

Yoloxochitl vivió.

Esclava de un amor aventurero, el hombre rubio que la hizo suya, muchas veces sintió sobre su pecho inmune a las flechas indígenas rodar lágrimas como gotas de sangre, brotadas de los ojos de jade misterioso, los ojos que obsedían su pensamiento, quebrando el acero de su voluntad.

Y los siglos, animando esos ojos de luz muerta, han dejado sobre la tez oscura de la raza muchos recuerdos de esta historia.

El País de Irás y no Volverás[7]

Lirio Morado se llamaba la hija única de aquel rey ciego que con verdadero amor supo gobernar a muchos pueblos.

---

[7] Publicado en *Revista de Revistas*, 17 de enero de 1926, p. 30.

Lirio Morado suplía con los suyos los ojos del rey, pues siendo excelente hija, supo también ser consejera y secretaria de su padre.

Pero como muy a menudo veía correr lágrimas de los ojos oscuros del rey, supo comprender sus penas (el dolor de ser ciego). Y se propuso hallar, donde lo hubiera, un remedio para devolver la vista a los ojos de su amado padre.

Primero consultó con los médicos más famosos de sus dominios y todos respondieron que el mal del rey era incurable. Después hizo venir a los sabios de las más lejanas tierras, los que tras de largas consultas, exámenes y discusiones, convinieron también en que el mal del rey era incurable.

Entonces visitó la princesa Lirio Morado a los curanderos que saben el secreto de las hierbas y a los hechiceros que conocen el lenguaje de las flores y de los pájaros, pero ninguno pudo darle el remedio que buscaba.

Por fin, un día visitó al más viejo de los hechiceros, al que vivía en la montaña sin cambiar de postura y rodeado de todos los pájaros encargados de alimentarlo.

Contóle sus cuitas la princesa, explicole cuál era el padecimiento del rey y suplicó para que a cualquier precio le diera la medicina que necesitaba, pero el hechicero dijo:

"Me has conmovido, niña, y sin embargo, no puedo darte el remedio porque no lo tengo ni nadie lo tiene. Sólo sé que existe en el País de Irás y No Volverás, pero quien ha llegado a él no ha regresado todavía".

"Si me dices cómo puedo llegar a ese país, iré", repuso la princesa.

"Lo ignoro —contestó el hechicero—, lo único que sé es que en aquel país existe La Calandria de Dulce Canto y que si logras arrancarle los ojos, tu padre verá como vemos tú y yo".

Y no volvió a decir palabra.

Lirio Morado regresó al palacio dispuesta a abandonarlo todo para ir en busca de aquel país misterioso. Se vistió de hombre para que nadie tuviera que acompañarla y le rogó a su padre le permitiera abandonar el reino por algún tiempo, que aprovecharía en visitar los países vecinos.

Y sin rumbo, salió un día montando su caballo favorito, dispuesta a no regresar si no traía el remedio para los ojos de su padre.

Al segundo día de viaje, al atravesar una llanura verde, encontró a un pastor descansando debajo de una encina mientras el ganado pacía.

Mucho llamó la atención a Lirio Morado las finas facciones del pastor, sus ojos claros y el cabello ensortijado que le asomaba por la oreja, pues en verdad tenía tipo de virgen y voz de agua que corre.

Mas al averiguar quién era aquel lindo pastor (¿o pastora?) le preguntó si sabía algo del País de Irás y No Volverás.

"No sé, caballero —contestó—, pero la viejecita que habita aquella choza debe saberlo pues dicen que conoce algo de magia".

Y rápidamente, allá fue la princesa; a la choza de la viejecita del pastor.

La encontró barriendo y hablando sin cesar con un perico verde que la seguía a todas partes.

Lirio Morado explicó lo que buscaba ofreciendo a la anciana la mitad de su reino si le indicaba el camino de aquel país.

"No quiero reino —replicó la anciana—, quiero mejor unas gotas del agua de la juventud que mana en aquellas tierras".

"Pues dime el camino y las tendrás", rogó la niña.

Entonces la anciana habló en secreto al perico parlanchín, diole un peine, un espejo y un dedal y explicó a la niña:

"Mi loro te guiará dándote buenos consejos. Confía en él y marchen presto".

La princesa montó en el caballo y el loro se agarró bien a la cabeza de la silla y así dispuestos se alejaron de la choza, perdiéndose pronto por un camino desconocido.

Y al poco tiempo, en la mejor armonía, iban charlando Lirio Morado y el loro, como viejos amigos.

Siguiendo al pie de la letra las indicaciones del animalito verde, llegaron después de muchas y muy largas jornadas a la entrada de un bosque. Innumerables cocuyos velaban por todas partes despidiendo luz verde de sus ojos, y como era de noche, todo el bosque fosforecía con la luz verde de los ojos del cocuyo.

La princesa quedó extasiada ante aquel espectáculo pues nunca había visto cosa igual. Desmontaron y penetrando al bosque, se dispusieron a descansar.

El loro tomó la palabra y dijo:

"Estamos cerca del País de Irás y No Volverás, pero desde mañana dejarás el caballo para volar muy alto y atravesar las montañas que cercan la tierra a donde vamos".

"¿Y cómo haré para volar?", repuso la princesa.

"Tú duerme por hoy y espera", contestó el perico.

Así no supo más aquella noche y a la mañana siguiente se presentó el loro acompañado de un quetzal que brindó sus maravillosas alas del color del iris, voló muy alto, seguido por el loro verde.

Poco después, Lirio Morado ya no vio más que los picos de una multitud de montañas que desfilaban muy por debajo de sus pies. Y pasados dos días, por fin se detuvieron en una cresta altísima de la más alta montaña para descansar.

La princesa vio con profunda alegría, allá, en lo más hondo, en un valle cercado totalmente por las montañas, el País de Irás y No Volverás.

"¿Qué es aquella nube de alas negras que rodea la ciudad?", preguntó a sus compañeros.

"Son las águilas guardianas del país", le respondieron.

"¿Y aquella cinta blanca que se alarga y se alarga?", volvió a preguntar.

"Es el camino de la única salida de la ciudad", volvieron a responderle.

Y así, cuidadosamente, estuvo la princesa observando el país. En el centro, muy bien protegido, estaba el Palacio de la Calandria del Dulce Canto. Al saberlo Lirio Morado no pudo reprimir la alegría que le brotaba por estar tan cerca de donde robaría la luz para los ojos de su padre.

Después de reposar toda una noche, explicó el ave verde a la princesa lo que tenía que hacer. Diole el peine, el espejo y el dedal que la anciana hechicera había atado en un pañuelo y le dijo:

"Tú llegarás sola al país, pues a nosotros nos devorarían las águilas. Sigue el camino que te he indicado. Cuando tengas los ojos de la calandria y el agua de la juventud, huye y si estás en peligro, arroja a la tierra primero el peine, después el espejo y por último el dedal. Nosotros te esperamos en buen sitio".

Bajó Lirio Morado de la montaña por un senderillo oculto y presto estuvo a las puertas del ansiado país. Un grupo de guerreros vestidos con pieles, adornados de plumas y armados de flechas la detuvieron. Ella explicó que se había extraviado por seguir a un coyote herido.

Entonces fue llevada al palacio para sacrificarla en honor de la Calandria del Dulce Canto.

En el palacio permaneció Lirio Morado. Un día, no supo por qué, sintió deseos de cantar y cantó con una voz desconocida y maravillosa tan linda canción que pronto se presentó un guerrero ordenándole que lo siguiera.

Fue llevada a la presencia de la calandria para que cantara y volvió a cantar Lirio Morado con una voz más dulce todavía. Tan dulce fue, que la calandria atraída, se llegó hasta sus manos y allí estuvo escuchándola.

Lirio Morado aprovechó el momento y asiendo bien a la calandria con una mano, con la otra le arrancó los ojos. Voló la calandria y huyó la niña apresuradamente.

Salió del palacio corriendo, corriendo llegó hasta los límites del país.

Vio que de una gruta brotaba un agua clara. Un agua que al correr casi cantaba. Recordó la princesa el encargo de la viejecita y se acercó a la gruta. Llenó una nuez con el agua que casi cantaba y siguió corriendo.

Apenas había traspasado el único camino del país, cuando oyó un gran vocerío, y volviendo el rostro vio que la perseguían guerreros en gran número. Pronto las primeras flechas pasaron silbando por sus oídos, y entonces, sintiéndose sin fuerzas, arrojó el peine que en cuanto cayó en tierra, fue creciendo, creciendo hasta convertirse en un monte de espinas.

Atrás del monte quedaron los guerreros y pudo Lirio Morado descansar de tantas fatigas.

Pronto se repuso y continuó su marcha. Mas pronto sintió que un nuevo peligro la amenazaba.

El bosque y las praderas se incendiaban. Negra cortina de humo y rojas lenguas de fuego la perseguían corriendo más que el viento. Y entonces dejó caer el espejo, que al romperse se extendió, convirtiéndose en lago. Un lago enorme y fresco que detuvo el incendio detrás de ella.

Así pudo escapar de aquel país de donde no se vuelve y siguió caminando sin comer ni dormir varios días, hasta que las fuerzas le abandonaron cerca de un monte. Calló en tierra desfallecida. ¡Pobre Lirio Morado! ¿Quién la socorrería esta vez?

En cuanto la princesa cayó a tierra, saltó del pañuelito el dedal, el dedal de la vieja hechicera, convirtiéndose en una capilla.

Salió de la capilla un hermitaño, de sayal rasposo y barbas blancas, y el hermitaño recogió a la niña. Le dio de comer y le preparó una leche para que durmiera.

Días después, el loro y el quetzal llegaron a buscarla. Dieron las gracias al hermitaño por sus atenciones y regresaron al bosque de los cocuyos.

Allá quedó el quetzal, y solos la princesa y el loro regresaron a la cabaña de la anciana hechicera.

Cumplió Lirio Morado su promesa entregando a la anciana la nuez con el agua de la juventud y presto regresó al palacio de su padre.

Frotó sus ojos con los de la Calandria del Dulce Canto y poco a poco se realizó el milagro.

El viejo rey abrió los ojos y entró en ellos la luz. La luz del sol, la de la luna y la de las estrellas.

Pudo ver a su hija. Conoció a sus súbditos y se sintió feliz.

No olvidéis nunca este cuento, se llama:

"El País de Irás y No Volverás".

Bibliografía citada

CAMPOS, Rubén M., 1929. *El folklore literario de México.* México: Secretaría de Educación Pública.

CARVALHO-NETO, Paulo de, 1965. *Concepto de folklore.* México: Pormaca.

GARIBAY K., Ángel María, 1964. *La literatura de los aztecas.* México: Joaquín Mortiz.

ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo, 1935. *La poesía indígena de México.* México: Talleres Gráficos de la Nación. [Recogido en Ortiz de Montellano, 1988: 437-450.]

_____, 1940. *Cinco horas sin corazón (Entresueños).* México: Letras de México. [En Ortiz de Montellano, 1988: 93-155.]

_____, 1946. *El caso de mi amigo Alfazeta.* México: Costa-Amic. [En Ortiz de Montellano, 1988: 74-92.]

_____, 1983. *Sueños. Una botella al mar.* Ed. María de Lourdes Franco Bagnouls. México: UNAM.

_____, 1988. *Obras en prosa.* México: UNAM.